

II

ECUMENISMO PASTORAL

ENCUESTA SOBRE ECUMENISMO

ANTONIO ANDRÉS PUCHADES
Pastor de la Iglesia Episcopal en Sa-
lamanca.
Miembro del Círculo Juan XXIII

Cuando el Dr. K. van der Grijp me dijo, en nombre del "Het Evangélie in Spanje", que sería muy interesante recoger la opinión de algunos españoles sobre el sugestivo tema de ecumenismo, para su publicación en Holanda, pensé en algunos sacerdotes católicos-romanos para la encuesta.

El Dr. José Sánchez Vaquero, director de "Diálogo Ecuménico", ha hecho posible que los lectores españoles, simultáneamente con los holandeses, conozcan esta encuesta, y esperamos que, tanto católicos como protestantes, seremos beneficiados por ello.

Es de grande necesidad en todas partes, y especialmente en España, que el movimiento ecuménico tenga la amplitud y profundi-

dad que merece; para conseguirlo en parte y como ensayo preliminar, esta encuesta quiere ser un intento de "mesa redonda" en la que, mezcladas las personas y sus opiniones, facilite la ocasión de "hacer ecumenismo".

La importancia de conocer, sincera y realmente, las opiniones sobre ecumenismo, de una y otra parte, de unas y otras personas (no todos los que pertenecen a una misma Iglesia tienen la misma opinión) para así facilitar el diálogo, es cada día mayor. Estamos convencidos de que todos cuantos intervienen en la encuesta han expresado sus puntos de vista sinceramente y con caridad mutua, y ello es un factor básico en todo contacto ecuménico.

Muchos cristianos desean ardientemente la unidad, pero pueden quedar en un peligroso sentimentalismo o pietismo ecuménico. En contraste con ellos están los que vuelan a unas alturas teológicas que los mantiene alejados de la gran mayoría que no puede emprender tan altos caminos. Los dos grupos o tendencias se necesitan y complementan, debiéndose respeto y comprender que cada uno necesita del otro en el difícil y santo camino de la Unidad de los Cristianos.

Si podemos creer que las divisiones en las que se encuentra la Iglesia de Cristo han sido causadas por la sinceridad de quererle ser fieles, tampoco debemos olvidar que la verdad en Cristo es lo que debe unirnos, si es que deseamos que sea una Santa Unión y no unos malos remiendos los que sirvan de solución.

Ecumenismo en España

MANUEL USEROS CARRETERO
Profesor de la Universidad Pontificia

I.—OBSTÁCULOS INTERNOS Y EXTERNOS QUE SE OPONEN AL MOVIMIENTO ECUMÉNICO.

Me refiero al ecumenismo católico en España, porque el ecumenismo tiene un desarrollo característico en cada comunidad local. En este sentido, hay unos factores peculiares que presionan en contra del ecumenismo en nuestras comunidades. Sin pretender ser exhaustivo indico los que me parecen capitales.

1) *Obstáculos internos*

a) Vivencia "sociológica" de la unidad de la Iglesia.

Para nuestros fieles la "unidad religiosa" se presenta ante todo como un hecho sociológico, como un dato estadístico. Por tradición están sumergidos en la experiencia numérica de la "mayoría" católica. La unidad de la Iglesia se vive de manera predominante a través de la unidad católica del pueblo español.

Así para nuestros fieles la desunión de los cristianos no es un problema vital y se considera un poco como "problema extranjero", como problema territorial, más que como problema de Iglesia. Y como España posee la unidad católica, el movimiento y los trabajos por conseguir la unión de los cristianos no ofrece un interés vital. Entre nosotros no es fácil comprender, por esto mismo, la dinámica del Ecumenismo en todas sus dimensiones. Fuera del ecumenismo espiritual, al que se manifiestan sensibles los grupos selectos, no se acaba de descubrir ni la posibilidad ni el sentido de un ecumenismo español a nivel teológico y social.

b) Espíritu "polémico" a nivel de la Teología y de la Catequesis.

La Teología que se ha transmitido a la presente generación de sacerdotes en los Seminarios respondía aún al espíritu polémico de la Contrarreforma. Para la mayoría, la teología no-católica, en particular la protestante, no tiene otra resonancia, ni merece otra valoración que la sugerida por el pobre recuerdo de unos "adversarios" incómodos de las tesis de los olvidados programas académicos.

Este factor ha condicionado la catequesis a los fieles. Muchos libros de Religión a nivel de enseñanza media continúan impostados en esta perspectiva de confrontación apologetica. De esta manera nuestros fieles y los sacerdotes se han hecho sobre todo sensibles más a lo que nos separa que a lo que nos une. Falta una de las bases fundamentales para el desarrollo del ecumenismo.

c) Los protestantes como "enemigos de la Iglesia".

Todo este contexto ha llevado al católico español a situarse psicológicamente ante el protestante, como frente a un "enemigo". Por esto nuestros fieles, psicológicamente, están más cerca del espíritu de las Cruzadas y de las guerras de Religión que del espíritu ecuménico. El protestante es como un "objetivo", que hay que des-

truir, eliminar o conquistar, es decir, rebatir con argumentos, excluir de la convivencia, y a lo más, convertirle como a un infiel. Raramente se piensa en la posibilidad del diálogo y menos el encuentro con ellos se plantea en términos de "hermanos" y de mutua planificación cristiana.

2) *Obstáculos externos*

a) El problema de la libertad religiosa.

No es necesario insistir en ello. El actual régimen de libertad religiosa ha creado en nuestros hermanos una psicología de "perseguidos". Ha creado en ellos muchos resentimientos frente a la comunidad católica y ha levantado la muralla de las distancias humanas y confesionales. Sus comunidades, su vida, su mundo teológico y pastoral, son como un producto "clandestino"; no se les puede conocer, y no se les puede valorar; no es fácil encontrarles "abiertos para el ecumenismo", porque bastante tienen con autoconservarse en los estrictos límites de sus posibilidades "privadas". Un clima de justa libertad religiosa es el presupuesto necesario para el desarrollo normal del Ecumenismo.

b) El proselitismo.

Estamos convencidos de que no es pretensión de la mayoría no-católica "descatolizar" a España. Pero, no han faltado por parte de ciertas sectas o grupos actividades proselitistas, que revelan poco sentido ecuménico de la evangelización cristiana. El temor a un incremento del proselitismo, del que sin discernimiento adecuado se hace responsables a todos los protestantes, es un obstáculo también grave para el desarrollo del ecumenismo. Todas las pruebas, que nuestros hermanos aporten en contrario, será una gran aportación para el desarrollo del ecumenismo en nuestras comunidades.

c) El contexto político.

El "Fuero de los Españoles" prohíbe atentar contra la unidad espiritual y nacional de España. Es claro que por "unidad espiritual" se sobrentiende la unidad católica, a la que aparece íntimamente vinculada la unidad nacional. El ser protestante implica también, además de separación religiosa, una configuración especial de "segregación política" en el seno de la comunidad nacional. Y esto

dificulta el encuentro "humano" con ellos, que es otro presupuesto para el desarrollo del ecumenismo. No en vano el Vaticano II declara: "Forma también parte de la libertad religiosa el que no se prohíba a las comunidades religiosas manifestar libremente el valor peculiar de su doctrina para la ordenación de la sociedad y para la vitalización de toda la actividad humana" (LR. 4).

II.—CONTACTOS O ACTIVIDADES ECUMÉNICAS QUE HAS TENIDO?

Mis actividades y contactos en la línea del ecumenismo se han desarrollado todas a través del Centro Juan XXIII de Salamanca. He hablado, he escrito sobre Ecumenismo; hemos dialogado, hemos rezado con nuestros hermanos. En esta línea me parece que nos encontramos todavía en una etapa previa de mutuo descubrimiento, para superar prejuicios y allanar caminos. Para fecha próxima el Centro proyecta una convivencia interconfesional —tal vez la primera— a nivel de reflexión teológica conjunta. Aunque nos falta mucho para llegar a la madurez en cuanto al diálogo ecuménico, espero que el Señor potenciará con su Espíritu nuestra buena voluntad.

El ecumenismo es un nuevo estilo en la Iglesia

JUAN B. OLARTE

Agustino Recoleta

I.—SUS PROPIAS OPINIONES SOBRE ECUMENISMO

Pregunta difícil de comprender la suya, pues ¿qué pueden significar *mis propias* opiniones en torno al ecumenismo? Juan XXIII eligió meta en la nueva singladura de la Iglesia —la unidad— y el Concilio ha señalado el camino —el ecumenismo—; si somos fieles a la Iglesia misma y al Espíritu que empuña el timón, debemos olvidar el *propio* marco, la *propia* satisfacción del viaje para dedicar todas nuestras energías a hacer que la Barca avance. En esta singladura no importan los doctrinarios, sino los que con lealtad desbrozan sus corazones para no ser rémora al Espíritu; quiero decir que el ecumenismo no es un camino de fe, sino un camino de caridad

hacia la verdad de todos, poseída por todos: "veritatem facientes (aprendiendo, enseñando) in caritate".

Pero tal vez sea éste el sentido de su pregunta, tal vez usted dé esto por supuesto y pida unas reflexiones sobre ello. Desde este punto de mira le diré que lo que fundamentalmente me preocupa, como teólogo, es la comprensión del ecumenismo en sí: ¿qué es en el fondo ese nuevo camino emprendido por la Iglesia? No es ningún secreto que a los teólogos católicos —a muchos teólogos católicos— les ha sorprendido el Concilio adelantándoseles en el camino con la aceptación del movimiento ecuménico tal como se encontraba fuera de la Iglesia Católica. Estoy seguro de que si, en lugar de provenir esa aceptación de manos del Concilio, hubiera venido de una escuela teológica determinada, aún nos encontraríamos, quizá por bastantes años, polemizando sobre la ortodoxia o heterodoxia de las "nuevas" doctrinas. Pero el Espíritu Santo ha querido prescindir del tiempo para inducir una nueva forma, un nuevo estilo de pensar la teología y a nosotros no nos queda más trabajo que adquirir el hábito de ver las cosas ecuménicamente.

Porque el ecumenismo, en último término, es eso: un nuevo estilo en el pensamiento y en la vida de la Iglesia suscitado por el Espíritu en orden a la unidad. La verdad será siempre la verdad, sin posibles disimulos; pero tiene unas aristas humanas que podemos limar y tiene una expresión histórica que puede ser incompleta.

En la historia de la teología, el ecumenismo es una manifestación de que también la teología puede aceptar, como las demás ciencias, el método realista; quiero decir que estamos llegando a estudiar la obra salvadora de Dios tal como se encuentra en la realidad de los hombres salvados, que estamos interesándonos más por la gracia "de andar por la calle" que por el análisis de la gracia en abstracto a que nos tienen acostumbrados los manuales. La actitud medieval piensa en primer lugar la verdad especulativa, metafísica, y a través de ésta, al hombre: el resultado es un esclavismo a la verdad manifestado en la quema de los disconformes.

Hoy estamos aprendiendo (Dios quiera que definitivamente) a ser libres en la verdad, según la promesa del Señor. El cristiano medieval tiene conciencia de que todo debe acomodarse a su idea metafísica de la realidad; toda su labor de santificación personal o su trabajo por el mejoramiento social lo concibe desde este punto de vista. En lo que se refiere a la religión, ello le lleva a creer que está en su mano la consecución de una Iglesia ideal: una, santa, católica. Hoy hemos aprendido a ser más humildes en esta tarea: la

unidad, la santidad, la catolicidad sólo pueden venirnos de Dios; a los hombres sólo nos queda merecerlas abriendo camino a la gracia y respetando su obra en el secreto de cada corazón.

II.—NOTICIAS CONCRETAS SOBRE ACTIVIDADES ECUMÉNICAS EN ESPAÑA

Las actividades ecuménicas “en España”, por nuestra abrumadora unidad católica, tienen un campo muy reducido. El español, al menos el español actual, puede olvidar el catolicismo, pero difícilmente lo hará para aterrizar en otra forma religiosa; nuestros disidentes de hoy apenas llegan al uno por mil. De ahí que el ecumenismo español haya de plantearse o en el plano eclesial o en el plano de la oración. Al plano eclesial aún no ha saltado ningún catolicismo nacional; el plano de la oración pertenece casi exclusivamente a la conciencia de cada uno y no hay razón para airearlo.

De todas formas, creo que no faltan españoles que están desproporcionando el ecumenismo “nacional”, quizás afectados por aquello de que el catolicismo español es un complejo de inmovilismos y de antañadas, como se nos ha acusado. En más de una conversación con sacerdotes jóvenes he podido apreciar que, inconscientemente, se lamentan de que en España no haya más protestantes. Esto no es ecumenismo.

III.—OBSTÁCULOS INTERNOS Y EXTERNOS QUE SE OPONEN AL MOVIMIENTO ECUMÉNICO.

Un obstáculo interno de ecumenismo es la aparente contradicción que hay en afirmar, por una parte, que a nadie se le pide la deposición de sus dogmas y, por otra, afirmar que el fin del ecumenismo es la unidad; unidad que será dogmática, y no será de ninguna otra forma, naturalmente. De aquí nacen todos los obstáculos internos y de aquí nacía la anterior oposición de la Iglesia al movimiento ecuménico, porque nos parecía que entrar en el diálogo era poner al mismo nivel nuestra Iglesia *verdadera* y las demás Iglesias *falsas*. El problema no hay que disimularlo, y los teólogos no deben dejarlo de mano hasta encontrar una solución satisfactoria que, ciertamente, tiene que existir.

Obstáculos externos son las malquerencias que la historia ha dejado como lastre entre las Iglesias, la soberbia de la verdad, la

nada apostólica comodidad del "que vuelvan", la confusión de sociología y religión que hay en afirmar que la unidad religiosa es un elemento constitutivo del Estado, etc.

Pero creo que todos estos obstáculos no detendrán mucho al ecumenismo. El movimiento ecuménico ha levantado el vuelo y ellos siguen apegados a la tierra, a poca altura.

Límites del Diálogo Ecuménico

ANTONIO OSUNA, O. P.

Profesor de Teología. Facultad San Esteban. Salamanca.

En la Iglesia Católica el despertar general al ecumenismo ha traído consigo una multiplicación de iniciativas ecuménicas. El ecumenismo se ha puesto de moda. A una actitud de algo de indiferencia y de mucho de recelo está sucediendo una actitud de apertura clara y decidida al ecumenismo. Todo ello nos parece que está en la línea general de lo que sugiere el Decreto sobre el ecumenismo del Concilio.

Sin embargo, creemos obligado referirnos a que la obra ecuménica exige una preparación especial en la persona que se entrega a esta hermosa tarea así como la asimilación de unos determinados valores, a los que no es fácilmente accesible el católico medio. Hasta hace muy poco tiempo para muchos católicos —y lamentablemente también para algunos teólogos— todo lo ecuménico era identificable con el irenismo, que en su tiempo condenó Pío XII. Tomar una actitud de respeto y honor hacia un acatólico era lo mismo que confesar que todas las religiones son iguales y orar con un hermano separado era ya una defección implícita de la fe. Este ambiente y esta mentalidad no se cambian fácilmente. Pero, aunque así fuera, el diálogo ecuménico es bastante más que renunciar a todo acto de enemistad con los hermanos separados, pues supone en sí un espíritu y una penetración de tradiciones y modos de vivir cristianos, que por no ser los nuestros, no se adquieren fácilmente. Cuando muchos de nosotros tenemos que acusarnos ante Dios de no vivir con sinceridad nuestra fe y de reducir nuestra vida cristiana a una serie de prácticas formulistas, desprovistas del calor que discurre a través de todo lo que en la Iglesia es símbolo sagrado, nos parece muy difícil tener permeabilidad suficiente para comprender otros modos

de vivir la vida cristiana y otras tradiciones teológicas y espirituales distintas de la nuestra. Tal comprensión de todos los valores cristianos auténticos, que están fuera de la verdadera Iglesia, es condición imprescindible de todo verdadero diálogo ecuménico. La percepción de todo esto supone una preparación y un desinterés espiritual a la vez que una firmeza absoluta en nuestra propia fe, que no creemos que por el momento esté al alcance de todos, tanto en España como fuera de España, pues sin una reforma interior y una entrega confiada en las manos del Espíritu para amar al hermano por encima de todo no creemos que haya preparación para el diálogo ecuménico.

El ecumenismo tiene su espíritu; diría su "mentalidad", si no estuviera esta palabra denigrada por tantos prejuicios. No es fácil captar lo que hay de recto y de justo en formulaciones dogmáticas, que desde el punto de vista de nuestra fe son ajenas a la verdad. Ni es fácil ver el álito de sincero cristianismo que puede haber en las motivaciones de escisiones en la unidad cristiana, aunque la escisión como tal nunca fuese justificada. Hace falta haber meditado mucho sobre las exigencias de la completa unión en Cristo y en su Iglesia para llegar al diálogo ecuménico presionado por esta vocación de unidad. Todo lo demás será puro diletantismo.

El mismo diálogo ecuménico supone una serie de virtudes no universales en la situación actual. La ya casi clásica definición de tal diálogo, que en el aula conciliar desarrolló Mons. De Smedt es difícil de llevar a la práctica y supone una preparación especial.

Tenemos además la convicción de que, tarde o temprano, todo diálogo ecuménico tiene que acabar poniendo a los interlocutores el problema base, que es el de enfrentar las propias creencias. El pensamiento católico está en este aspecto sumamente perfilado: sin unidad en la fe nunca habrá unión de los cristianos. Dialogar sobre la fe requiere también una preparación especial, sobre todo tratándose de temas que son objeto de divergencias entre los cristianos, pues tales temas han sido especialmente estudiados y meditados por ambas partes. Esta fase, a la que decimos que ha de llegar todo verdadero diálogo ecuménico, es obra de especialistas.

Ciertamente que el ecumenismo tiene aspectos respecto a los cuales a ningún católico le es lícito ya excusarse. Fomentar sentimientos de odio hacia los hermanos separados, trabajar por su desprestigio o no sentirse afectados por la dolorosa separación; en una palabra, todo lo que sean actitudes no fraternales, no puede justificarse conociendo la voluntad decidida de la Iglesia a este respecto. Pero esto no es el diálogo ecuménico, sino sólo la creación de un

ambiente imprescindible, una fase puramente negativa. Si esto obliga a todos los cristianos, no creemos, sin embargo, que el diálogo ecuménico sea en el momento actual obra de todos los cristianos.

El Decreto "De Oecumenismo" del Concilio distingue entre estas actividades, que acabamos de llamar preparatorias al diálogo y que son diversas, según los lugares y tiempos, y lo que llama propiamente el "diálogo ecuménico", el cual "se tiene entre peritos debidamente instruidos de las diversas Iglesias o Comunidades" (núm. 4). Las reuniones ecuménicas, sobre todo las que alcanzan un nivel verdaderamente ecuménico son recomendadas "con tal de que quienes participan en ellas sean verdaderamente peritos en las materias respectivas" (núm. 9). Sólo mantenido a un tal nivel puede resultar provechoso el diálogo y seguirse de él un conocimiento más profundo de ambas partes y una mayor convicción en las verdades en que estamos unidos, así como una llamada para proseguir el camino, que lleve a la unión total. Alejándose de estas exigencias caemos en "el imprudente celo, que podría perjudicar al progreso de la Unidad", al que se refiere el mismo Concilio (núm. 24). Aquí también lo mucho puede llegar a ser enemigo de lo óptimo. No se trata de hacer mucho diálogo, sino de hacer diálogo *ecuménico*, ni de que haya muchos dialogantes, sino diálogo *de valor*. Y, repetimos, el diálogo no es toda la obra ecuménica, pero sí la más valiosa e instructiva, que requiere una madurez a la que no tiene fácil acceso la masa. Con ello no ponemos sordina a la voz del Espíritu, que actualmente llama a la unidad desde todos los rincones, sino que pedimos la prudencia cristiana suficiente para no trabajar inútilmente. El Relator de este esquema en el Concilio se refirió en una conferencia pública a que el diálogo oportuno y valioso que aceptaba el Concilio era "el diálogo entre representantes calificados de las distintas confesiones. No es por el momento cuestión de diálogos multiplicados entre todos los fieles. Tales diálogos tienen el peligro de engendrar más confusión que claridad" (La Doc. Cathol., 1964, col. 34).

Y que se nos perdone que todavía exijamos algo más. El diálogo ecuménico nos parece que debe ser también un diálogo de *compromiso*. De nada servirán los contactos individuales que no estén respaldados por el pensamiento de las Iglesias. Hasta ahora era frecuente oír a los acatólicos que los católicos comprometidos en el ecumenismo eran sólo voces aisladas sin apoyo en la misma Iglesia. Hay que reconocer que había bastante razón en ello, quizá porque las circunstancias no permitían otra cosa. Después de un Concilio, que ha alentado tal diálogo, no creemos que pueda persistir tal ac-

titud. A nuestros hermanos separados les interesa la voz de la Iglesia, no las opiniones más o menos progresistas de algunos miembros. Para ello se requieren representantes cualificados. Pero también en esto se nos permitirá que pidamos algo semejante a nuestros hermanos separados, pues con frecuencia nos es imposible saber el auténtico pensamiento de una determinada confesión, incluso de las Iglesias tradicionales y que cuentan con una larga historia y teología propias. Comprendemos que no podemos pedir a nuestros hermanos definiciones dogmáticas, con el valor que éstas tienen en nuestra fe, pero sí algo que responsabilice la fe de tales Iglesias, como pueden ser los Catecismos o Confesiones de la Reforma, de tan poca vigencia hoy en estas Iglesias.

Los contactos responsables entre Iglesias podrán ser difíciles y laboriosos pero, a nuestro juicio, son los únicos con garantías. Y ciertamente con ello no proponemos nada nuevo. Así se acabaron en la antigüedad los cismas. En los Concilios Ecuménicos se solucionaron los más grandes problemas de separación de cristianos. Los intentos de reunión, tan multiplicados en los primeros siglos que siguieron a la separación de Roma y Constantinopla, se hicieron de una manera responsable entre ambas, enviando legados a tratar estos problemas directamente con las autoridades. Podríamos decir que la separación sólo se consumó cuando Roma, cansada de tales contactos inútiles, se dedicó a trabajar individualmente con los cristianos, dejando de lado sus pastores. Ya sabemos que hoy día esto no se puede hacer sin más en un Concilio. Había mucha ingenuidad en quienes creyeron en un principio que el Concilio Vaticano iba a ser un concilio unionista de este tipo. Ya no es esto posible, pero sí es de desear que se tienda hacia ello. ¿Quién duda que el histórico encuentro del Papa con el Patriarca de Constantinopla y, en grado inferior, la visita del Primado de Inglaterra, han beneficiado más al ecumenismo, que la actitud irresponsable y con frecuencia criticable de algunos vanguardistas del ecumenismo?

No parece cierto que lo propio del ecumenismo es asegurar estos encuentros a nivel de las Iglesias, sin que con ello excluyamos los contactos individuales, pero no son éstos su objetivo propio: "la obra de reconciliación individual de los que desean la plena comunión católica se diferencia, por su naturaleza, de la empresa ecumenista" (Decreto "De Oecumenismo", núm. 4). Y no cabe duda que casi todas las confesiones cristianas, al menos las más tradicionales, juzgan que esta labor unionística responsabiliza, ante todo, a los pastores, cuyo primer cometido debe ser siempre conservar la unión del rebaño a ellos encomendado. Volvemos, por tanto, a algo tradi-

cional cuando hacemos nuestros votos por tales contactos a nivel de las Iglesias. El Concilio Vaticano señala el trabajo ecuménico como una labor de especial incumbencia de los obispos, bajo cuya mirada debe desarrollarse todo diálogo ecuménico. No hay en ello una medida de tipo restrictivo o policíaco, ya que su cometido no es refrenar sino promover, sino un signo evidente del carácter eclesial y apostólico del diálogo ecuménico.

El ecumenismo es tarea difícil

SANTIAGO GUERRA, OCD
*Profesor de Teología. Teólogo
Carmelitas. Salamanca.*

I.—SUS PROPIAS OPINIONES SOBRE ECUMENISMO

Desde el momento mismo de la convocación del Concilio, y más aún después del Decreto de Ecumenismo, para un católico está claro que el movimiento ecuménico es el fenómeno eclesial más característico de nuestro tiempo, y la tarea apostólica a la que el Espíritu Santo impulsa con más urgencia.

Pienso que el movimiento ecuménico era tan urgente, que, aún prescindiendo de su origen carismático, a los ojos de un observador no cristiano aparecerá como algo que no podía menos de producirse en esta etapa histórica tan marcadamente universalista.

Dentro de la Iglesia católica, el movimiento ecuménico ha recorrido ya por lo menos la mitad del camino, si bien la otra mitad será muy lenta y difícil. El Vaticano II, sobre todo con su Constitución de Ecclesia, ha dado un paso gigante, al poner decididamente manos a la obra más importante y complicada de la acción ecuménica: la renovación de la Iglesia. Es ya una realidad prácticamente lograda, la desaparición dentro de ella de aquellos caracteres que los cristianos de otras confesiones consideraban como señal clara de que no era la verdadera Iglesia de Cristo: su latinización, y sobre todo su aparente, y en muchos aspectos real juridismo. No veo ningún peligro en el movimiento ecuménico, pero sí desconfío de que la mayoría de los cristianos lleguen a captarlo tal y como es. Sobre todo desconfío de que los católicos lleguen a practicar con exactitud los principios del ecumenismo *católico*, sin quedarse

cortos ni pasarse de raya. Desde que comenzó el Concilio se nota en muchos, incluso dentro del clero, la tendencia hacia un irenismo peligroso, que falsea la verdad, y muestra más afán por la unión, que por la unión en la verdad total de Cristo.

Existe también no pequeño peligro de que sobre todo el pueblo caiga en un cierto indeferentismo dogmático, al que invita por otra parte la moderna mentalidad pragmatista. Y esto sería muy de lamentar en la Iglesia católica (hablo de la mía), que se caracteriza (sobre todo frente a las Iglesias protestantes) por la importancia capital dada a la fe dogmática y su contenido.

En cuanto al fruto que el movimiento ecuménico persigue, la unidad de todas las confesiones cristianas en la Iglesia Una, si se llega a conseguir en un futuro lejano, será prácticamente una obra exclusiva de Dios. No creo que el movimiento ecuménico logre más que una disposición simplemente negativa. Por mucho que la acción ecuménica logre descubrir como vínculo de unión, quizá su resultado final será el ver más clara y definitivamente que nunca, que las diferencias sustanciales son infranqueables. Con todo, no podemos olvidar un solo momento, que el mismo movimiento ecuménico supone ya una intervención especial de Dios, y eso debe abrir la puerta a un prudente optimismo.

II.—OBSTÁCULOS INTERNOS Y EXTERNOS QUE SE OPONEN A LA ACCIÓN ECUMÉNICA

Pondría en primer lugar el falso irenismo antes mencionado, por ser la destrucción misma de la verdad cristiana.

El optimismo fácil, que daría pronto al traste con el movimiento ecuménico, al ver que la realidad muestra un camino largo, prolijo, y quizá cada vez más oscuro e incierto en cuanto al resultado.

En la actual euforia ecumenista, las confesiones cristianas se han concedido recíprocamente gran parte de las cosas que se pueden conceder, dadas sus diversas posturas doctrinales. Pero toda esa multitud de concesiones no constituyen más que un *prólogo* del gran libro de la acción ecuménica. Cada capítulo, creo yo, costará muchos años. El optimismo fácil que creyera en el ritmo rápido que aparentemente indican los acontecimientos de estos cuatro años de Concilio, es un gran estorbo a las virtudes que han de guiar en el largo camino a recorrer: paciencia, espíritu de sacrificio, confianza en Dios.

En el terreno del diálogo doctrinal, el obstáculo lo constituyen las diversas mentalidades teológicas de las diversas Iglesias cristianas (no digo los diversos dogmas, ya que éstos, si son obstáculo para la unión, no lo son para el diálogo, que además le presupone). Esa diversa mentalidad teológica, hace aparecer como diametralmente opuestas, doctrinas fundamentales en las que hay mucho de común. Concretamente la teología católica está vaciada en unos moldes aristotélicos, que si son muy aptos para la expresión del dogma hacia dentro, son muy ineptos para el diálogo ecuménico, que se ha de fundamentar ante todo en una mentalidad exclusivamente bíblica, sin adherencias de ningún sistema particular.

Gran obstáculo sería la relegación a un cierto segundo término, de lo que el Decreto de Ecumenismo llama "alma del movimiento ecuménico", y "ecumenismo espiritual". Frases, quizá inconscientemente dichas, que a veces se oyen incluso a sacerdotes y religiosos, y el ambiente general, que tan poca fe tiene en las realidades interiores, y en la fuerza apostólica de la oración, hacen temer que este peligro no sea meramente imaginario.

Obstáculos externos a las confesiones cristianas, sólo veo uno: el totalitarismo del Estado. Por lo demás, ese mismo totalitarismo, por ejemplo, el comunista, pudiera ayudar indirectamente a un mayor acercamiento entre las diferentes Iglesias cristianas; pero aun en este caso, seguiría constituyendo un obstáculo, ya que el diálogo ecuménico derivaría más fácilmente hacia una unión de mera caparazón, hacia una unión en la desunión, para defenderse de un enemigo común a ambos, que les haría olvidarse de sus internas diferencias; pero esto sería matar el diálogo ecuménico, que tiende precisamente al examen de esas diferencias.

Desunión y unión de los cristianos

ANTONIO ANDRÉS PUCHADES
*Pastor de la Iglesia Episcopal.
Salamanca.*

"Cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; pues yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. ¿Está dividido Cristo?" (1.^a Cor. 1, 12). "Y ya no estoy en el mundo; pero éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, guárdalos en tu nombre, el que me has dado, para que ellos sean una cosa como lo somos nosotros". "Mas

no ruego solamente por éstos, sino también por los que creen en mí por la palabra de ellos, que todos sean una cosa... para que el mundo crea que tú me enviaste" (S. Juan 17, 11; 20-21).

El partidismo y la división en la Iglesia no son hechos ocurridos hace escasos siglos, sino que están arraigados en los principios mismos de su fundación. El orgullo o la intención de ser fieles seguidores de Cristo hizo que algunos hombres fundasen o siguiesen un grupo que rechazaba determinadas creencias o hacía énfasis en otras, más o menos ortodoxas; la Iglesia Universal, por reacción, se hacía más y más jurídicista y dogmática. Los primeros desembocaban en la anarquía y la segunda en una dictadura, que hacían imposible todo diálogo en caridad.

En lo más profundo del amor de Cristo está su deseo de que todos sus seguidores vivan en armonía y unión; el amor es dinámico y es el elemento principal que une a los cristianos con su Dios, con ellos mismos y con el resto de la humanidad. Pero a los cristianos les ha faltado caridad, están desunidos y en pecado de franca desobediencia a su mismo Señor.

Los ecos que la voz de S. Pablo ha causado a través de los siglos no han querido o no han podido escucharla los cristianos, y el interrogante con el que acusó a los de Corinto también les acusa a ellos en nuestros días, y seguramente con más énfasis. "¿Está dividido Cristo?". La oración del Señor aún no es una realidad, por culpa del cristiano: "Que sean todos una cosa".

Con descaro incomprensible algunos cristianos continúan teniendo en buen concepto de tales, sin pensar o pensando —peor aún, ¡mucho peor!— que los demás tienen toda la culpa, los otros...

El ecumenismo es el movimiento que junta —de alguna manera— a los cristianos que no resisten a vivir en el pecado de la desunión; el pecado de la desobediencia a su Señor, e intentan con fe que los lazos divinos les liguén. Con esta actitud fuerzan a los teólogos a que reconsideren sus diferencias de opinión y busquen la unidad en su campo científico. La unión es muy difícil de alcanzar —no nos engañemos— pero más difícil es vivir plenamente la enseñanza de Jesucristo en la desunión.

Las relaciones ecuménicas son paradójicas, o deben serlo si son sinceras: "No estoy dispuesto a abandonar ninguna de mis verdades, porque sería traicionar a Cristo, y estando convencido de ello y queriendo ser fiel al Señor dialogo con otras Iglesias para escuchar sus verdades y buscar juntas la Verdad de Cristo, que es la que debe darnos la unión".

La unión en la corrupción, en la debilidad, no aportaría nada positivo a la Iglesia de Cristo, y esto es lo que parece guiar a algunos que creen en la conveniencia de la unión de los cristianos, como sea, para contrarrestar el poder, cada día en aumento, del ateísmo. Desean unirse para ser más fuertes, desviándose claramente del principal motivo para ello, un motivo espiritual y no meramente material, un motivo de obediencia a Cristo y no de defensa contra los "anti-Cristos".

Los peligros que han surgido dentro del movimiento ecuménico están templando las almas de sus componentes. Indudablemente, cada Iglesia pretende que sean las demás las que reconozcan su pureza dogmática, y a cambio ella está solamente dispuesta a aceptar aquello que las otras tengan en común con sus propias doctrinas; esto crea una tensión, y a veces una cierta actitud, que puede ser desastrosa. Pero también resulta perjudicial para el ecumenismo y para la Iglesia de Cristo, el fanatismo y la ignorancia (muchas veces unidos) con el que algunas Iglesias e individuos rechazan el movimiento porque no está de acuerdo con sus conceptos teológicos, y llegando a veces a tildarlo de "satánico". La parábola del "Fariseo y el Publicano" se repite en la dimensión ecuménica: "Señor, gracias porque tengo la verdad y no soy como aquella Iglesia que... mientras aquel decía, ¡ten piedad de mí, pecador! El segundo salió del Templo justificado".

Cuando se vive una oración, hecha por cristianos de diferentes denominaciones; cuando se ha dialogado con sinceridad y sin deseos de herir, aun diciendo cosas amargas —con amor— por ser manifestación de la realidad —triste realidad—; cuando se cruzan peticiones de perdón y se recibe, al mismo tiempo que se da, un "estás perdonado"... ¿Cómo no bendecir profundamente ese movimiento de reconciliación que es el ecuménico? y ¿cómo no ver en él sus valores profundamente cristianos?

El ecumenismo es una vocación divina

JOSÉ SÁNCHEZ VAQUERO
*Director. Centro Ecuménico
Juan XXIII.*

I.—SUS PROPIAS OPINIONES SOBRE ECUMENISMO

Diría que no tengo una opinión propia. A veces he tratado de preguntarme hasta qué punto podía yo mismo participar de las

opiniones que me parecen extremas y que circulan entre el pueblo llano y aun entre muchos eclesiásticos.

De modo negativo, sí puedo afirmar que mi opinión sobre el ecumenismo no va con los que creen que éste es algo "que está de moda", algo "que no hay quien entienda", algo "muy peligroso", ni tampoco con los que piensan que es "cosa hecha" y cuestión "de ceder en todo".

En sentido positivo, confieso que no puedo presumir de opiniones propias. Es más, creo que ningún católico puede hoy presentarse con "sus opiniones" sobre ecumenismo, si es que se halla informado de la opinión de la Iglesia católica, manifestada en el Concilio Vaticano II, especialmente a través del Decreto de Ecumenismo.

Sin embargo, es un hecho que, supuesta la opinión vaticana, cada uno manifiesta sus preferencias inclinándose o bien del lado de "las cautelas", que ellos dicen "prudencia pastoral", o bien del lado de "los entusiasmos", que llaman "celo por la unidad".

Nuestras preferencias ni se inclinan hacia "los prudentes" ni hacia los "celosos". Porque pensamos que ambas posturas, desenlazadas, son viciosas. Preferimos, más bien, pensar que se trata de una "vocación y gracia divinas de la Iglesia de nuestro tiempo" y que afecta a todo el pueblo de Dios, a cada cual según su don, y que consiste en "el conjunto de actividades y empresas que, conforme a las distintas necesidades de la Iglesia y a las circunstancias de los tiempos, se suscitan y se ordenan a favorecer la unidad de los cristianos" (De Ecumenismo, n. 4).

En cuanto al éxito o fracaso futuros, no puedo menos de estar inclinado hacia el optimismo ecuménico, sobre todo partiendo, como parto del convencimiento de que el Espíritu de Dios lo empuja y hay muchos cristianos sinceramente sometidos a esa acción divina. Sobre el momento o la hora de Dios para la unidad, nadie puede fijar fecha próxima o lejana, pero yo siempre me hago esta reflexión: los avances que hace unos años se realizan sobrepasan constantemente los cálculos de los que se tienen por "muy ponderados".

II.—OBSTÁCULOS DEL ECUMENISMO

Hablaré no de los obstáculos que lleva consigo la acción ecuménica, sino de los condicionamientos que impiden su desarrollo conveniente. Me refiero concretamente a los obstáculos de nuestro ambiente católico español. Lo cual no significa que sean exclusivos de España, sino que prescindo de enjuiciar otros ambientes.

Señalaré los que me parecen más significativos, no todos los que pueden existir. No lo hago para acusar, sino para contribuir de algún modo a descubrirlos y tener posibilidad de removerlos.

1.º *Aquí no hay protestantes*

Es frase corriente entre nosotros. No se quiere decir que no haya ninguno, sino que no merecen tomarse en cuenta ecuménicamente. Con frecuencia se afirma que "los ecumenistas exageran", porque, al fin de cuentas, el uno por mil es cifra insignificante.

Con esto el ecumenismo se desvirtúa para la mayoría de los españoles, que no ven aplicación concreta al Decreto de Ecumenismo del Vaticano II. Y lo que es mucho más grave: el ecumenismo pasa de ser "problema de Iglesia universal" a "problema de Iglesia local". Siempre me ha parecido ridícula esta manera de ver el problema ecuménico. Por esta misma razón perdería sentido el problema misional, que tanto priva entre los católicos españoles, ya que podríamos afirmar de modo parecido: "aquí no hay paganos".

2.º *Aquí son muy pocos católicos*

Es el reverso de la medalla. Algunos grupos protestantes de España y fuera de España quieren estar convencidos de esta afirmación y decretan "a todo plan" la "evangelización de España". Con esto exasperan a los católicos y perturban y predisponen en contra a muchos católicos, creando en nuestro suelo el "antiecumenismo". La agresividad del "proselitismo" es el modo más eficaz de envenenar los caminos de la unidad, principalmente en España. A eliminarlo deberían comprometerse las Iglesias serias protestantes españolas y extranjeras.

3.º *Aquí no hay libertad religiosa*

Es otro escollo serio. Según algunos protestantes todo está en esto: gozar de plena libertad religiosa. Según muchos católicos: ya tienen libertad religiosa los protestantes. Y unos y otros ahí se paran. Para ellos eso es el ecumenismo. Nos parece que en esta línea hay bastante que andar todavía para ponerse a tono con el Vaticano II. El estatuto de acatólicos no debiera hacerse esperar demasiado. Pero, ahora lo que no conviene olvidar es lo siguiente: la libertad religiosa es "condición previa necesaria", pero con ella no

está logrado el ecumenismo. Una vez establecida y vivida la libertad religiosa, católicos y protestantes han de promover la unión con todas las acciones pertinentes, para no quedarse en el umbral ecuménico.

4.º *Aquí no cabe diálogo teológico ecuménico*

Muchos teólogos españoles quieren dejar este diálogo para los de otras latitudes. Piensan que hay que ser "vere periti" y que sólo lo pueden lograr los de países de pluralismo cristiano. No negaremos que los teólogos holandeses, alemanes, etc., deban estar en la brecha; pero, también creemos que el diálogo científico se puede llevar por escrito, en revistas ecuménicas o teológicas, y que esto también pueden hacerlo los españoles, ya que tienen la posibilidad de disponer de las revistas y las fuentes eclesiásticas. Aún diríamos que, en ciertas ocasiones, la luz o solución del conflicto puede venir mejor del terreno neutral que del terreno de fuego. Por otra parte, ¿quién ignora hoy que el diálogo teológico ecuménico debe alimentarse de biblia y patrística, al alcance de todos los teólogos?

5.º *Es cosa de teólogos y jerarquía*

Los que así opinan, querrían dejar tranquilo al pueblo fiel en las tareas ecuménicas. Para el pueblo —piensan— no traerá más que peligros de indiferencia, escepticismo... El pueblo, si acaso que haga frecuentes oraciones por la unión.

Así creemos que se mata el ecumenismo. Ya dijimos que los teólogos no pueden abstenerse. Lo mismo afirma el Concilio de los obispos. Pero, eso no basta. El Concilio ha dejado muy claro que pretendía dar normas para "todos los católicos". Y se entiende. ¿Quién deberá hacer la reforma múltiple de la Iglesia (litúrgica, bíblica, apostólica, etc.) que es condición necesaria para la unidad futura? ¿No muestra la historia eclesiástica medieval que todos los acuerdos establecidos entre jerarcas y teólogos de Bizancio y Roma se hundieron porque el pueblo cristiano no los hizo suyos convenientemente? ¿Es verdad, además, que la tarea ecuménica produce indiferencia? La experiencia de los ecumenistas es contraria: todos coinciden que el ecumenismo es fuerza renovadora cristiana. ¿Deberán conformarse con orar? Eso es, sí, lo primerísimo que deben hacer todos: fieles, jerarcas y pastores; pero, la contemplación de la oración de Cristo no es tan ineficaz que los que oren de veras,

puedan conformarse con no hacer más. Es ya histórico que los que más oraron por la unidad, fueron los que más trabajaron por ella.

6.º *Tenemos una rémora polémica*

Es otra seria dificultad aún no superada. Los católicos aún no han superado la opinión de que los protestantes son "los hijos del diablo". Y los protestantes españoles, en gran parte, aún no se fían de las buenas intenciones de la Iglesia Católica Española. Algunos hasta conservan documentación de vejaciones político religiosas que pudieron ocurrir hace muchos años.

Es verdad que hoy esto se aminora muchísimo, debido a la opinión pública de la prensa mundial y española y a la acción de minorías católicas y protestantes que han entablado diálogo sincero.

Este principio tan fecundo en esperanzas de unidad y tan repetido, principalmente a través de diálogo pastoral. El Centro Juan XXIII está muy empeñado en esta línea.

7.º *No entendemos la "unidad en la variedad"*

Este principio tan fecundo en esperanzas de unidad y tan repetido por el Vaticano II sólo lo aplicamos a los Orientales. Los católicos y los protestantes españoles no creen sea posible su aplicación respecto del protestantismo y catolicismo. Un protestante español, pensando en la unidad, teme instintivamente ser absorbido. Y un católico, pensando en lo mismo, cree que forzosamente todos deberán ser como él, en todo.

8.º *Faltan delegados de ecumenismo diocesanos*

Algunas diócesis los tienen nombrados. La mayoría todavía no. En otras naciones van delante (Francia...). Estos delegados diocesanos serían los descubridores de la acción ecuménica a diversos niveles en sus diócesis y, sobre todo, los que proporcionarían la "mentalización ecuménica", logrando que no faltara este hilo conductor de todo el Vaticano II, al extender las doctrinas conciliares a sus diócesanos.

La experiencia de las diócesis que tienen estos delegados ofrecen buen ejemplo de penetración ecuménica equilibrada.